

LECCION EN MARRUECOS: ADVERTENCIA PARA GUINEA

ADIVINAMOS que la mera lectura del título despertará sorpresa en algunos lectores y disconformidad en otros. ¿Qué tienen de común el antiguo Protectorado de Marruecos y la Colonia de Guinea? Efectivamente, a pesar de haber estado sometidos al mismo centro burocrático —la Dirección General de Marruecos y Colonias— las diferencias son considerables. Marruecos está a las puertas de España, y su suelo prolonga geográficamente el del mediodía peninsular. Guinea más lejos, en el África Ecuatorial, tan distinta en su suelo y en lo que lo recubre, de las tierras y paisajes mediterráneos, Marruecos está habitada por gentes blancas, somáticamente emparentadas con los viejos fondos de la población peninsular. Y, además, en contacto con urbes españolas —Ceuta, Melilla— y con las masas españolas que desde que el Imperio fué accesible, fijaron su residencia en él, ligando sus vidas permanentemente al país marroquí. Guinea es un país de bantúes con aportaciones copiosas de otros troncos de color —sudanoideos— y escasas y discontinuas presencias de la raza blanca, representada por categorías minoritarias y preeminentes —misioneros, burócratas, comerciantes, algunos profesionales— muy singularizadas por la debilidad de su arraigo. Eran y siguen siendo dos mundos distintos, porque no en balde entre el África blanca del Norte y la negra del Centro se interpone el Gran Desierto.

Pero tenían también coincidencias, algunas tristemente negativas. Marruecos, país de vieja civilización, antaño esplendorosa, últimamente retrasada, y Guinea, país con *cultura* propia pero sin *civilización* —según el módulo europeo— necesitaban de un vigoroso aporte

exterior para elevar los niveles de sus gentes, y para desarrollar las posibilidades de sus medios naturales, que siendo en concreto muy distintos, coincidían en su pobreza; una pobreza en gran parte irremediable, pues a la limitación de recursos se unía la derivada de sus pequeñeces. Ya que uno y otra son minúsculos trozos destacados artificiosamente del conjunto geográfico a que pertenecen, colocando éste en manos de poderes extraños en los momentos —infelices para España— del reparto político de Africa. La fuerza de atracción de los territorios próximos más extensos y ricos —y más desarrollados, al menos, en su aspecto económico— es un fenómeno que se produjo en Marruecos y que se sigue produciendo en Guinea; las posibilidades limitadas de contrarrestar lo que hay de peligroso en tal gravitación, constituye una realidad y una preocupación, que trabó y dificultó nuestra pasada acción en Marruecos, y que debe pesar en nuestra presente y futura acción en Guinea si no queremos abocar a perspectivas indeseables.

Por otra coincidencia negativa, España no pudo desarrollar en Marruecos (y está desarrollando de un modo insuficiente en Guinea) lo que constituye la esencia de nuestro genio colonizador, tal como se aplicó en las Indias: la asimilación. Un pueblo no cambia fácilmente, ni improvisa una política civilizadora, y nuestro papel quizá hubiera consistido en adaptar a los tiempos y a los escenarios los viejos principios de nuestra labor ultramarina. Es verdad que en Marruecos *protegíamos*, y como dijo Franco en su discurso en Sevilla, con la conciencia de hacerlo temporalmente; pero en Guinea aspiramos a algo más que a proteger, y debemos aspirar a dejar huellas perennes. A crear un Puerto Rico o un Santo Domingo africanos, pongo por caso, y no sería poco.

Así, en Marruecos, en un medio favorable y con gentes afines, el mestizaje y la evangelización fueron imposibles porque la barrera religioso-cultural lo impedían y con esto se frustraron muchas perspectivas.

Es una tragedia que en Guinea donde la evangelización es factible y está en curso, el mestizaje siga faltando. Y ni siquiera con la excusa de que nuestros principios lo repudian, como sucede en la Unión Sudafricana. Echar la culpa al «clima» y a la diferencia de

desarrollo de las dos razas en presencia, puede ser en parte exacto; pero no es consolador ni tranquilizador; y es una excusa que sugiere falta de éxito. Ahora pasemos a las diferencias entre Marruecos, en donde acabamos de recibir una lección, y Guinea, en donde podemos utilizar la advertencia que encierra. Porque el examen de esas diferencias no nos conducirá a la conclusión de que lo sucedido en el Norte de Africa no puede tener versiones, no idénticas, pero sí equivalentes, alguna vez, en el Centro de Africa. Si no a la contraria precisamente.

Hallamos en Marruecos una organización pública gentilicia —la cábila— unas urbes de tipo medieval europeo, una tradición estatal —a pesar de la anarquía rural— y una cultura vigorosa, que flotaban sobre gentes pobres y xenófobas, desigualmente laboriosas, pero vigorosas y prolíficas. Respetamos todo lo posible y aprovechable de lo hallado, y modernizamos el conjunto con la participación y el concurso de los interesados. Estos defendieron y pidieron siempre la restauración de su independencia, pretensión que comprendimos y favorecimos. Hallamos en Guinea a grupos débiles, en trance de pulverización —ahora consumada— sin urbes y con una cultura notoriamente insuficiente para nuestro concepto de la vida, que difícilmente podía respetar lo encontrado. Los autóctonos estuvieran o no averiados por las peores manifestaciones de las «avanzadas» de Europa —como los bubis—, eran y siguen siendo blandos, primitivos y poco fecundos. Mal este último cuyo remedio se va intentando por un procedimiento simplista que atiende sólo a las conveniencias de ciertos intereses privados metropolitanos: la importación de braceros que laborasen las «fincas». Y que han supuesto un aporte sometido a influjos culturales —y hasta políticos— extraños, no indígenas, sino de otras poderosas metrópolis, con grave peligro para el sello hispano de la Colonia. Por último, a pesar de la docilidad nativa, o precisamente por su exceso, el concurso de los aborígenes en la acción desarrollada ha sido bastante pasivo en algunos aspectos, y en otros limitado. Es verdad que el nativo se desinteresó de la política —por muchas causas— y que no hay movimiento independentista; pero esto no debe engañarnos. Veamos las cosas como son y como pueden ser. Llamémoslas por su nombre para no trope-

zar luego con catastróficas sorpresas. En 1900 era lógico que nuestra Colonia estuviera en una situación parecida a la de los territorios vecinos o semejantes; en gran parte virgen; con una sociedad (?) blanca de aluvión, al lado de una masa poco tocada. En realidad, apenas si hacíamos actos de presencia en Santa Isabel y otros puntos de Fernando Poo desde 1859, pues en el Continente nuestros derechos fueron objeto de decisión diplomática en aquel año. Pero estamos en 1956. En ese medio siglo largo han pasado muchas cosas. Dos guerras, de las que estuvo ausente España y que modificaron el mapa africano, interviniendo en ella combatientes negros y saliendo mermado el prestigio blanco. Ya no hay una Liberia a la que poner como ejemplo irónico de la incapacidad autóctona. Sin romper con Europa, la *élite* indígena, y en menor grado, la masa, gobierna en territorios próximos tan importantes e influyentes como Ghana (La Costa de Oro) y Nigeria. En el Camerun vecino existe una permanente intervención de la Organización de las Naciones Unidas (a la que pertenecemos, lo que nos obliga a respetar las directrices del cap. XI de su Carta) que no se recata en decir que su meta es el total «autogobierno» del territorio. En otros territorios los indígenas y los europeos están asociados —como en el A. E. F. y en el Congo Belga— o mezclados —como en São Tomé e Príncipe y en Angola— para la común gestión de los asuntos del país, y el tiempo va incrementando el papel desempeñado por los autóctonos a expensas del que retienen los europeos amparados en una gran superioridad inicial, que va prescindiendo de su base coactiva, y se va acentuando en sus bases de preparación técnica y de elevación material. Nuestra época conoce la planificación y el estatalismo en gran escala, y la cooperación internacional respecto del Africa Negra, y también el cambio de sus estatutos políticos. El mundo ahora es muy «interdependiente», y aunque cada país conserve su estilo para llegar a las metas universalmente proclamadas, lo que no puede pretenderse es que nadie, cruzado de brazos y obstinado en una postura cómoda —no para todos los interesados—, mantenga un ritmo calmoso. No sería ello posible aunque se tratara de una gran potencia gobernando a un vasto y rico territorio ultramarino; menos aún cuando nos referimos a la modesta Guinea, «demasiado grande para

finca de un particular y demasiado pequeña para colonia de un Estado», según la aguda frase que hace mucho tiempo se atribuyera a Romanones. La propagación de ciertos fenómenos comunes al variado muestrario de los pueblos dependientes registra en los últimos tiempos saltos insospechables. Aunque nuestra Guinea no está asomada al Océano Indico, ni registre colonias de asiáticos, su evolución cuando menos será parecida a la del Africa Negra asomada al Atlántico. Y en ésta ha sido rápida desde 1939 y promete seguir siéndolo. ¿Quién la hubiera dicho a Francia que la remota Indochina tendría un eco en la «asimilada» Argelia? Ya empiezan a decir los observadores galos que los mismos agentes —licenciados o repatriados de las fuerzas combatientes en el Pacífico— que importaron la técnica en la rebelión de Berbería, pueden contagiarla en Dakar, en Duala y en Brazzaville.

En definitiva, no vamos a decir que todo lo que se viene haciendo en Guinea esté mal; más bien diríamos lo contrario, y ello en aras de la verdad, no como mentira patriótica. Tampoco diremos que sean posibles grandes milagros que transformen la faz del país o fulminantes panaceas que cambien el estado de sus gentes. Lo que decimos es algo diferente. Es que lo que se hace no basta. Si en Marruecos con un generoso derroche de millones y una intensísima acción oficial, a la hora de la independencia —precipitada al margen de nuestros planes que no eran retardatarios— nos preocupa el futuro de los intereses españoles, ¿cómo no va a preocuparnos el porvenir hispánico de Guinea, con muchas menos inversiones, y una acción bastante más limitada? Porque no pretendemos que se erija allí milagrosamente una gran Colonia (o provincia de Ultramar) industrializada o autárquica, por ejemplo, ni que esté poblada por una masa parangonable con las de la América Hispánica. Pretendemos otra cosa: asegurar el futuro de la presencia de España, en la medida y por los procedimientos en que ello está a nuestro alcance. No sabemos si en el futuro, Guinea, como cualquier otra tierra en condiciones semejantes, podrá ser agredida. En 1945, por la mente de algunos elementos de ciertos vencedores resentidos, pasó la idea de borrar del mapa a la última colonia española. Pero sin imaginar truculencias semejantes, ni «grandes insurrecciones» —en

Guinea nada material parece que puede ser colosal— si cabe pensar en el día en que se organicen grandes combinaciones regionales de territorios dependientes o exdependientes, que en el Africa Negra necesitarán el enlace con una o más culturas europeas. Mas en ese momento es necesario que España tenga constituida —y el tiempo obliga a trabajar aprisa— una sociedad penetrada definitivamente, sobre una construcción pública, cuyos lazos con España sean a la vez tan fuertes y flexibles como para resistir cualquier tormenta o evento. Frecuentemente recordamos con dolor —¿cuántos españoles lo harán?— que al medio siglo de la evicción de España de su trisecular archipiélago filipino, la joven generación que aun ostenta apellidos españoles, no conoce la lengua de Cervantes, que es la que usó Rizal. Y no nos complace la idea de que algún día los guías morenos puedan enseñar a los turistas la catedral de Santa Isabel como «recuerdo» de la presencia española, a falta de otras más vivas.

* * *

¿Y qué se puede hacer en Guinea? Los lectores a quienes el contenido de este artículo disguste —y los habrá, pese a mis buenos deseos, por causas muy variadas, aunque quizá en general subjetivas— estarán ya diciendo, que el «teorizante» autor critica con fácil ligereza, pero que colocado en trance de actuar, se encontraría perplejo para traducir a realidades concretas sus indicaciones. El autor no rechaza del todo esa objeción. En efecto, criticar y sugerir es mucho más fácil, y sobre todo más rápido, que obrar. Ni siquiera afirmamos que nuestros deseos puedan llegar a tener una completa y perfecta realización. Lo que sí decimos, comprensiva y constructivamente (y con respeto para todo el mundo) es que la colonización española en Guinea necesita un ritmo intenso, acelerado. Que es errado y puede extraviarnos el ideal (?) —según algunos—, de una colonia quietista «donde nunca pasa nada» y de la que se hable poco y sólo por un círculo de consagrados, no forzosamente ente-

rados de lo que pasa en el mundo, ni aún de lo que pasa en Africa. Porque se estime que sobra el restante concurso, y porque estorben también las *novedades* y las *reformas*, criterio que se corresponde a aquel que denunciaba Ramiro Ledesma de los que deseaban una «España modestita como una casa de huéspedes», y cuyo resultado puede jugar una mala pasada a España. Y, por supuesto, que a la propia Guinea. Está bien que se dicten ordenanzas y se inauguren obras públicas; pero no basta. El punto de partida de nuestra acción futura ha de ser una triple mirada: hacia nosotros, hacia Guinea y hacia el exterior. Empecemos por conocernos bien y conocer nuestras posibilidades. Gran potencia industrial, ni aun país rico, no somos; ni siquiera sabemos, como otras metrópolis, sacar a los Estados Unidos los recursos financieros en gran escala, que luego aquéllas emplean en sus dependencias adoptando aires de generosidad ante los indígenas. Sin descuidar, ni muchos menos, el incremento de la obra de fomento material, ni el de los aportes técnicos, económicos y financieros de España a Guinea, pensemos ahora en el otro aspecto de la cuestión. Culturalmente sí que somos un factor mundial, por lo que supone el conjunto que formamos con los brotes de nuestra pasada obra en América. El español no será para los guineanos un instrumento vehicular despreciable o inútil, aunque se hayan olvidado de él los creadores de la «Comisión de la Cooperación Técnica en el Africa Subsahariana». Si la masa nativa se españoliza por completo —con o sin mestizaje físico o con mestizaje limitado— ya existirá un factor sólido con el que contar. Y por cierto, que aparte de su crecimiento demográfico (que supone la asistencia para su fortalecimiento biológico) habrá que pensar en concluir con las importaciones de braceros angloparlantes, substituyéndolos, de ser ello factible. Pero en todo caso, decididos a lo que los intereses momentáneos de X, Y o Z, recolectores de café o cacao, o cortadores de madera —por supuesto posibles absentistas— no prevalezcan sobre las conveniencias nacionales, concebidas a largo plazo. No porque aquéllos no sean respetables, sino porque cada valor y cada interés debe ocupar su lugar, siendo primero los nacionales. Naturalmente una Guinea sólidamente hispana no podrá edificarse sobre dos sociedades separadas, de las cuales la minoritaria que ocupa las posiciones

clave suele ser discontinua y desarraigada. No será por la fuerza, sino por el interés y la adhesión de los indígenas como allí podemos permanecer. Por otra parte, ¿es que los españoles no pueden vivir en Guinea? Entonces seríamos una excepción entre los otros europeos y aun unos degenerados respecto a nuestros antepasados, los que en las Indias no tenían a su alcance radios, aviones, excavadoras, vacunas y antibióticos. No pensemos en disparates —los blancos «braceros»— sino en cosas razonables: los blancos arraigados, aunque hagan espacadas a la metrópoli; los blancos sintiéndose juntamente guineanos y españoles, y trabajando por su tierra adoptiva a la vez que por sus intereses inmediatos. Empresarios, profesionales, funcionarios y técnicos que cuenten su permanencia —como algunos misioneros— por lustros. Y con sus familias. Si no en grandes proporciones, en las que admita el país. Y los indígenas, ¿es que son irremisiblemente menores de edad? No ha mucho oíamos expresar una opinión en tal sentido a una personalidad oficialmente autorizada en los asuntos de la Colonia. Con sinceridad, nos entristeció y nos alarmó. Porque nos parecía una visión errónea y sin salidas. Nuestro sistema legal basado en el «paternalismo» —magnífico en el siglo XVI; insuficiente hoy— clasifica a aquéllos en «patrocinados», limitadamente emancipados, y totalmente emancipados. Los propósitos perseguidos —y en muchos casos conseguidos— son excelentes: tutela y elevación de los necesitados para ello. Pero, ¿cuántos guineanos están en cada una de esas categorías? Mis repetidas consultas a las estadísticas, tan minuciosas sobre otros extremos, no han satisfecho mi curiosidad. No será arriesgado sostener que la cifra de simples «patrocinados» supera con mucho a la de «emancipados». Y esto no es satisfactorio: el Patronato de Indígenas se organizó en 1928 —la «curaduría» a principios de siglo— y al cabo de casi treinta años, es poco estimulante reconocer que la masa sigue necesitando una tutela permanente. Hay que quemar las etapas capacitatorias, por mucho que ello cueste y que complique; los contratiempos inmediatos no deben disuadir de los frutos recolectables a largo plazo. El Gobernador Fontán y Lobbé (†) arrojó en 1944, impávido, serios temporales en su empeño de crear una clase de pequeños propietarios indígenas, sustraídos a las explotaciones (ya escasas de brazos) que se pre-

sentaban como únicas representantes de la vida colonial. Desde luego todos los morenos no pueden ser médicos ni ingenieros, ni siquiera maestros o capataces, pero debe haber más que lo sean. Y los que sigan siendo trabajadores manuales deben alcanzar, dentro del medio, ese *mínimum vital* —incluso cultural— que constituye la meta de Estados y metrópolis, y que en España hemos proclamado en el Fuero de los Españoles (¿no lo son los guineanos?) y en el del Trabajo. Los indígenas serán sinceramente españoles si no se consideran injustamente postergados ni establecen comparaciones desfavorables respecto del porvenir que tienen sus coterráneos en otras dependencias. Si la metrópoli ha de hacer un esfuerzo para conseguirlo, no será superior al que enterró en Marruecos, ni a los que intrépidamente sostiene para muchas heterogéneas atenciones. Porque está muy bien «que la Colonia se costee» y que «no se trabe la iniciativa privada», pero el futuro de la Guinea Española depende de algo más que del equilibrio presupuestario —logrado pensando en objetos fiscales— y la iniciativa privada insuficiente ha de ser suplida por alguien, ya en forma estatal directa, ya mixta, estimulando el Estado con los poderosos medios que tiene a su alcance, al capital distraído o perezoso. Naturalmente, el Estado tiene también que dar un buen ejemplo para impedir con autoridad moral, que ningún grupo le suplante en sus funciones, y para exigir a todos, blancos o negros, un buen comportamiento. Pensamos que incluso se están anticuando las «soluciones administrativas y los medios sociales». No nos parece exagerada la afirmación de que el edificio constitucional en Guinea, no es ahora mejor que el que ideó Rodríguez San Pedro allá por el remoto año de 1904. Ciertamente, hay más especialización de funciones, más servicios —y más servidores— y una más perfecta asistencia en ciertas ramas. Es lógico. Pero en otros aspectos hay un aplastante incremento del monólogo burocrático que no nos place. Rodríguez San Pedro, ante la falta de elementos capacitados, no pudo pasar de crear una modesta Junta de Autoridades. Actualmente ni siquiera existe. Y las «Cámaras» económicas no llenan el hueco de un órgano representativo colegiado, aunque sólo sea deliberante. También en 1904 se pensó en el desarrollo de la vida municipal por medio de los «Consejos de Vecinos», retoño de los legendarios Cabildos

de Indias. A los cincuenta y dos años no conocemos más de tres o cuatro de vida próspera; ¿no hay sitio en Guinea para el urbanismo ni para una organización rural sedentaria de los destrribalizados, por modesta que sea? En 1934 Nombela pensó en crear la Escuela Colonial para la tecnificación general de la burocracia. Cuatro años después tuvimos (en circunstancias excepcionales) que confiar las Administraciones Territoriales —clave del éxito de la política indígena— a la Guardia Colonial, y así seguimos. Está muy bien que haya una Guardia Marítima Colonial especializada, pero también deben serlo las Administraciones. La centralización que acusan muchas disposiciones, nos parece también exagerada, si es que no es fruto de una desconfianza, por demás triste. ¿Por qué se necesita llegar hasta Madrid para la aprobación de algunas concesiones y hasta de algunas emancipaciones? ¿Por qué hay impuestos «reservados» por la Hacienda metropolitana? No, no es perfecto todo en el presente guineano; sin que ello nos desanime o nos escandalice —nada humano es irreprochable— ni mucho menos deba desviarnos hacia estúpidos e ineficaces reproches personales, debemos examinar lealmente las realidades y pensar en la mejoría de las que lo necesiten. Para intentarla y acometerla de prisa. Que nadie se moleste por ello, ni se quede a un lado de esa tarea nacional que pide el concurso de todos.

Se podría escribir un grueso volumen sobre el presente y el futuro de Guinea. Ya se han escrito varios, bastante desiguales por cierto. El lector habrá visto que hemos esquivado temas vitales por respeto al campo sagrado de su tecnicismo, como los de la diversificación de la producción, del montaje de ciertas industrias, del reajuste de costes, salarios y precios, del cooperativismo, y la asistencia social formativa. Con lo enunciado —sin pretensiones de infalibilidad— hay de sobra para reflexionar seriamente sobre una cuestión que no por estar dormida deja de tener dimensiones nacionales. Ya está bien de «llegar tarde» con los remedios, como en 1897, cuando la autonomía antillana.

Vamos a acabar con la cita de dos autoridades en estos problemas, a fin de que no parezca que lo escrito se debe a un exagerado y suspicaz criterio del articulista. «El arte de la política colonial —escribió Bailey— consiste en prever las reivindicaciones antes de que

se formulen», añadiendo Lord Milverton: «No hay política colonial sin riesgos, y rechazarlos es declararse en quiebra..., no debe dejarse al tiempo ni al azar el cuidado de resolver las dificultades que se susciten.» Que en Guinea sepamos ser el pueblo de Cortés, Pizarro y de Legazpi, o si se quiere más modestamente, de Ossorio; así sea.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

